

EL REGRESO DEL HÉROE: BERNARDO O'HIGGINS Y  
SU CONTRIBUCIÓN EN LA CONSTRUCCIÓN  
DEL IMAGINARIO NACIONAL CHILENO. 1868-1869

Carmen Mc Evoy<sup>95</sup>

### Introducción

Para nuestro Instituto O'Higginiano ha sido un privilegio contar con el libro "Funerales Republicanos en América del Sur: Tradición, Ritual y Nación. 1832-1896" cuya autora es la célebre historiadora peruana señora Carmen Mc Evoy que en el capítulo 6 de su libro lo dedica al tardío regreso de los restos mortales del Libertador Don Bernardo O'Higgins - que después de su fallecimiento- permanecieron en un nicho del cementerio de Lima desde 1842 a 1868 y lo fastuosa el ritual funerario y los discursos de mea culpa y la oración final pronunciada por el presbítero Salvador Donoso que llegó a lo hondo de la conciencia de los presentes cuando utilizó un pasaje del Antiguo Testamento "yo te escogí para que fueses el Jefe de mi pueblo y te he dado un nombre grande como el nombre de los más grandes de la Tierra"

El 18 de diciembre de 1868 una salva de cañonazos seguidos por los acordes de los himnos patrios de Chile y Perú, ejecutados por una banda militar ubicada en el torreón del norte del castillo de la independencia, conmovieron a la población del Callao. La razón del estrépito que quebró la tradicional rutina del puerto chalaco era la llegada al Perú de una "comisión fúnebre" de alto nivel nombrada por el gobierno de Chile. La misma, comandada por el almirante Manuel Blanco Encalada, llevaba consigo la delicada misión de presidir el acto de exhumación y de traslado a su última morada en el Cementerio General de Santiago de los restos mortales del Padre Fundador de la República, Bernardo O'Higgins. Las jornadas lideradas por el vicealmirante Blanco, quien en 1819 ocupó un lugar preeminente en la expedición libertadora enviada por O'Higgins al Perú, se desarrollaron a lo largo de doce días. En las mismas no faltaron los agasajos y celebraciones como el almuerzo de camaradería peruano-chileno en honor al regreso de "un hijo de América" a su patria de origen y la representación de la obra teatral "La flor del Valle", la que fue seguida de un despliegue de fuegos artificiales quemados en la puerta del principal teatro limeño.<sup>96</sup>

A pesar de la brevedad del acto de exhumación de los restos mortales del hombre, que el diputado por el Congreso Nacional Ramón Rozas Mendiburu señaló como "*el primer soldado de Chile, el primer corazón de América*" y aquel que "*ocupaba el primer puesto entre los fundadores de la República Nacional*", él mismo no hizo olvidar a sus promotores

---

<sup>95</sup> Historiadora peruana y diplomática autora del libro "Funerales Republicanos en América del Sur: Tradición, Ritual y Nación. 1832-1896.

<sup>96</sup> Uno de los recuerdos más completos sobre la llegada y estadía de la "comisión fúnebre" chilena en el Perú es el que aparece en El Comercio, en sus ediciones publicadas entre el 18 y el 30 de diciembre de 1868.

lo largo y difícil del camino que condujo finalmente a la repatriación del Capitán General.<sup>97</sup> Para Benjamín Vicuña Mackenna, uno de los más ardientes y tenaces defensores de su repatriación, el regreso a Chile de las cenizas del padre fundador significó la reparación, luego de cuarenta y cinco años de ostracismo, de la “ingratitude” y de la “mezquindad” cometida por la república al “ilustre chileno” que dio a sus connacionales el “más alto ejemplo de patriotismo” del que se tenía “memoria”.<sup>98</sup>

El discurso pronunciado por el procurador municipal. José Antonio Argomedeo, en la ceremonia de recepción en Santiago de los restos mortales del héroe de Rancagua, señaló que en el acto de recuperar “las preciosas reliquias de aquel a quien todo se le debía”, los chilenos estaban recobrando la parte de ellos mismos que aún les faltaba. El traslado de los restos de Bernardo O’Higgins al cementerio metropolitano con la participación activa de la población santiaguina además de ser un acto de justicia fue uno de pedagogía republicana. El “peregrinaje” a su tumba, “para pedir a sus manes en las graves crisis” serviría para exaltar el patriotismo, dar aliento a las arduas empresas y para proveer de “prudencia y calma” a las “efímeras victorias” del pueblo chileno.<sup>99</sup>

La “apuesta por la cultura” como una estrategia política de largo plazo para consolidar el orden, a la que se refiere Alfredo Jocelyn-Holt y a la que hizo alusión implícita Argomedeo en su discurso de bienvenida, fue fundamental en el proceso de organizar y llevar a cabo el funeral estatal de O’Higgins. Repensar para 1869 la idea del orden que la figura del Director Supremo debía de proveer a la nación chilena a partir de la idea del desorden social y económico, inocultable por esos años, permite corroborar dos importantes nociones esbozadas por el autor anteriormente citado: la “frágil fortaleza histórica” del modelo político chileno y la posibilidad de revalorizar los espacios culturales forjados por una elite que no sólo legó un modelo autoritario sino los instrumentos con los cuales este podía ser confrontado.<sup>100</sup>

La exhumación de los restos mortales de Bernardo O’Higgins en Lima a fines de 1868, seguida de su posterior funeral público en Santiago el 13 de enero 1869, el develamiento en la misma ciudad de su estatua ecuestre el 19 de mayo de 1872 y la celebración en Valparaíso del centenario de su natalicio, forman parte de un interesante aunque escasamente estudiado ciclo ritual.<sup>101</sup> El mismo sirve de marco a la construcción del

---

<sup>97</sup> Para un acercamiento al proceso de repatriación que se inicia en 1864 y culmina en el entierro de O’Higgins el 13 de enero de 1869 en el Cementerio General de Santiago ver *La corona del Héroe: recopilación de datos y documentos para perpetuar la memoria del General Don Bernardo O’Higgins mandada a publicar por el ex-Ministro de Guerra don Francisco Echaurren* (Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1872).

<sup>98</sup> Para esta discusión ver Benjamín Vicuña Mackenna, *Obras completas. Vol. XII: Discursos parlamentarios I, Cámara de Diputados* (Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1939), pp. 461-465, y del mismo autor *El ostracismo del General Don Bernardo O’Higgins* (Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1860).

<sup>99</sup> *La corona del Héroe*, p. 135.

<sup>100</sup> Alfredo Jocelyn-Holt, *El peso de la noche: muestra frágil fortaleza histórica* (Santiago de Chile, Planeta-Ariel, 1996), pp. 11-63.

<sup>101</sup> *La inauguración de la Estatua Ecuestre del Capitán General Don Bernardo O’Higgins en Mayo de 1872* (Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1872); *Programa de las festividades cívicas de setiembre de 1872: Guía especial de los visitantes a la Exposición de Artes e Industrias* (Santiago, Imprenta de La República, 1872); *Programa de las*

imaginario nacionalista chileno. Una aproximación a la sucesión de festivales patrióticos que se desarrollan entre las décadas de 1860 y 1870 entre Lima, Santiago y Valparaíso puede permitirnos explorar el proceso chileno de consolidación de un “régimen de autenticidad”, lo que acontece en una etapa de acelerados cambios políticos, sociales y económicos.<sup>102</sup> El ciclo ritual al que nos referimos representa la alegoría de la muerte y de la posterior resurrección del padre fundador de la república chilena, que es una respuesta de su intelectualidad a los graves dilemas de una difícil modernidad periférica, y está relacionado, al menos, con tres procesos fundamentales. El primero, la consolidación de un “ethos burgués” defensor del orden y del progreso, el cual buscó, mediante la apropiación de la memoria de O’Higgins, la construcción de una legitimidad política y de una identidad cultural que será incorporada dentro del conocido discurso de la excepcionalidad chilena. El segundo, la cruda e inocultable evidencia de aquello que los publicistas de la época denominaron como la “cuestión social”, un espinoso problema que a todas luces debió de ser enfrentado de manera imaginativa. La pobreza urbana, el desarraigo y la polarización social -los temas más ventilados por la prensa de la época- daban cuenta de los peligros y desafíos de una sociedad fragmentada por el acelerado proceso de cambios económicos por el que atravesaba. El tercero, un desarrollo epigonal del anterior, estuvo estrechamente relacionado con la urgente necesidad sentida por las elites culturales de establecer nuevos mecanismos de cohesión y de integración cultural y política. La creación de un centro civilizado en Santiago, el que se irá cristalizando a través de la remodelación arquitectónica de la ciudad y que tiene como uno de sus momentos estelares el develamiento de la estatua ecuestre de O’Higgins, tuvo como meta principal la proyección de la imagen de un país civilizado y culto, capaz de ejercer un control social efectivo sobre sus grupos subalternos. El proyecto burgués chileno de crear una comunidad de memoria íntimamente conectada a una renovada sociabilidad republicana descansó en la recreación de la figura emblemática, principalmente en los valores y virtudes, de su Padre Fundador.

---

*festividades que tendrán lugar en la próxima semana con motivo del 18 de setiembre* (Santiago de Chile, Imprenta de la Librería del Mercurio, 1877); *Bernardo O’Higgins: recuerdo de la fiesta del Héroe el día 20 de agosto de 1876; ejemplo y lección* (Valparaíso, Imprenta del Deber, 1878).

<sup>102</sup> El problema de la nación como sujeto inmutable de la historia ha recibido menos atención que la que exhibe como sujeto de la historia lineal. Prasenjit Duara ha observado que la aporía fundamental del tiempo lineal es expresada en la necesidad del estado-nación para reconciliar las demandas de una unidad nacional inmutable con un cambiante futuro moderno. Todas las naciones y sociedades que se ven a sí mismas como sujetos que progresan o evolucionan, a través del tiempo lineal, necesitan constituir un centro que no cambia, un régimen de autenticidad con la finalidad de reconocerse a sí mismas en medio de sus variadas circunstancias. Así, los símbolos nacionales serán corporeizados en la realeza, la constitución o simplemente, como en el caso chileno, en la tradición republicana. Esta necesidad es reconocida por agentes particulares interesados en constituir y organizar lo que él denomina un régimen de autenticidad. Estos agentes, intelectuales nacionalistas o el mismo Estado, además de balancear los límites entre regímenes de autenticidad y el mercado intentan apoyar una relación compleja entre los dos órdenes. La autenticidad es usada, según Duara, para movilizar energías frente al capitalismo y a la modernidad. Prasenjit Duara, “The Regime of Authenticity: Timelessness, Gender, and National History in Modern China”, *History and Theory. Studies in the Philosophy of History. Vol. 37. N° 3* (Weslevan University, 1998), pp. 287-308. Este marco teórico ha sido también utilizado en Carmen Mc Evov, “Forjando la nación: usos y abusos del paradigma republicano”, en el libro *Forjando la nación: ensayos de historia republicana* (Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1999), pp. 189-245.

Este ensayo tiene por finalidad explorar el proceso de construcción del imaginario nacionalista chileno en el marco del traslado, desde la capital peruana a su país de origen, de los restos de Bernardo O'Higgins. El proceso anterior, que incluye sus funerales de Estado e inhumación en el Cementerio General, engloba un conjunto de ceremonias que ocurren en las ciudades de Lima, Valparaíso y Santiago desde el 19 de diciembre de 1868 hasta el 13 de enero de 1869. Cabe recordar que el funeral de O'Higgins fue inmortalizado mediante la publicación de *La corona del Héroe*, una recopilación de documentos publicados por el gobierno de José Joaquín Pérez con la finalidad de perpetuar su memoria. Lo anterior muestra la clara intención por conmemorar tradiciones republicanas capaces de conectar el pasado, el presente y el futuro, revocando, de esa manera, la corrosión de la historia y del tiempo sobre la joven nación sudamericana<sup>103</sup>. La necesidad sentida por los regímenes que, como el chileno, intentaban remontar los conflictos que dividían al país para poder crear, al menos temporalmente, un espacio en el que la nación estuviera unida, convertirá a las “explosiones patrióticas”, como el funeral de O'Higgins, en fenómenos que se repetirán de manera cíclica.<sup>104</sup> Para el Chile de 1869, el cuerpo-nación intentó cohesionarse y regenerarse alrededor del cuerpo del padre fundador<sup>105</sup> como en 1879 lo hizo alrededor de los restos de Arturo Prat y de otros héroes de la Guerra del Pacífico.

### *I. El largo camino de regreso*

El proceso de legitimación de la figura de Bernardo O'Higgins no fue fácil, por lo que aquél puede ser descrito dentro de lo que Victor Turner denomina como un “drama social”. Los dramas sociales son, dentro de esa línea argumentativa, unidades de procesos armónicos y disarmónicos, entre grupos que pertenecen al mismo sistema de relaciones sociales. Un drama social está caracterizado por una serie de situaciones complicadas a más de penosas que toman la forma de una suerte de “libreto” que se desarrolla a lo largo del tiempo<sup>106</sup>. Dentro del contexto anterior, es importante aproximarse al libretto político que antecede a la repatriación a Chile del capitán general.

---

<sup>103</sup> Para una aproximación a este tema ver Myerhoff, “A Death in Due Time: Construction of Self and Culture in Ritual Drama”, en J. Mac Aloon (ed.) *Rite, Drama, Festival and Spectacle* (Philadelphia, ISHI, 1984), pp. 149-178.

<sup>104</sup> Ben Amos, *Funerals, Politics and Memory in Modern France, 1789-1996*. New York, Oxford, 2000, pp. 268 y 272. Un funeral de Estado es una ventana para explorar lo que Michel Foucault ha denominado como “tecnologías del poder”. Ben Amos, p. 306.

<sup>105</sup> De acuerdo a Antoine de Baecque el pensamiento abstracto, que se expresa a través de metáforas, permite entender al individuo, a la comunidad, a la humanidad e incluso al universo, en la figura del cuerpo humano. La concepción e interpretación del cuerpo no es fácil debido a lo polisémico de sus significados que desde el Antiguo Régimen exhibe rasgos desconcertantes. El cuerpo es, de acuerdo a Baecque, una palabra central que puede relacionarse con la organización política, social o cultural. El cuerpo es el concepto por excelencia para contar la historia de un sistema que muere y de otro que nace. Existen tres registros en la narración metafórica propuesta por Baecque: el cuerpo estatal, el cuerpo narrativo y el cuerpo espectáculo. La historia del “cuerpo republicano” sugiere la representación del mismo como objeto de discurso y también de persuasión. Antoine de Baecque, *The Body Politic Corporeal Metaphor in Revolutionary France, 1770-1800* (Stanford, Stanford University Press, 1997), pp. 1-25.

<sup>106</sup> Los “dramas sociales” usualmente exhiben cuatro fases de acción pública: la ruptura de las relaciones, que significan el detonante simbólico para la confrontación; la crisis, en la que la ruptura se profundiza hasta que se vuelve coextensiva de una división predominante en el sistema de relaciones sociales; la acción reparadora, que tiende a limitar la acción de la crisis a través de ciertos mecanismos reparadores; y finalmente o bien la reintegración del grupo Social marginado en el seno de la sociedad o bien el reconocimiento del cisma entre los grupos opuestos.

Los intentos de repatriar los restos mortales de O'Higgins venían de antiguo. La ley del 13 de julio de 1844 lo dictaminó de manera muy específica. Sin embargo, por una serie de desencuentros políticos aquel acto no pudo cristalizarse. Cabe recordar que fueron similares factores políticos los que imposibilitaron el regreso en vida de O'Higgins a su patria. El crimen de los Carrera, del cual fue acusado, ensombreció por varios años su prestigio político. Dicha acción, junto con el ajusticiamiento de Manuel Rodríguez, nunca le fueron perdonados por los círculos carrerinos, aún muy vitales e influyentes en Santiago.

*El otro impedimento para un retorno anticipado de O'Higgins fue la reticencia de Diego Portales, quien percibía en la figura del héroe de la Independencia los resabios del personalismo y del caudillismo que su proyecto político intentaba erradicar. Sin embargo, el mayor obstáculo fue el orgullo del propio O'Higgins, quien reclamó la rehabilitación de su grado militar y de los honores que se le habían arrebatado como una condición indispensable para su regreso a Chile.*

A pesar de la tenaz defensa hecha a lo largo de varios años por José Antonio Rodríguez Aldea, Joaquín Vicuña y José Gaspar Marín, quienes tuvieron que enfrentar, además de las indecisiones de los gobernantes de turno los embates de una prensa hostil al capitán general,<sup>107</sup> éste jamás volvió a ver el país que dejó en el invierno de 1823. A lo largo de su prolongado ostracismo se dieron, sin embargo, momentos de fugaces acercamientos que parecieron preludiar un reencuentro con la patria añorada. Ello ocurrió cuando O'Higgins acogió en Lima a Manuel Bulnes, jefe de la expedición chilena que derrotó a los confederados en Yungay, o cuando comunicó con nostalgia a José María de la Cruz sus deseos de ver por última vez la Alameda de la Independencia y visitar los lugares donde “tanta sangre patriota se derramó” o cuando, ilusionado ante la noticia de la reintegración en 1841 de su título de Capitán General, preparó su uniforme y las proclamas de agradecimiento al Congreso chileno y de despedida a sus anfitriones peruanos. Sin embargo, su corazón enfermo no le permitió emprender ese regreso tantas veces postergado.

El 23 de octubre de 1841 luego de haber redactado su testamento, en el que señalaba su deseo de ser enterrado en Concepción, el vencedor de Maipú pidió ser levantado de su lecho y vestido, sabiendo de antemano que su final estaba muy cerca. “Magallanes” fue, de acuerdo a algunos testigos, la última palabra que pronunció. Era su último intento por

---

Victor Turner, “Social Drama and Ritual Metaphors”, en Turner, *Dramas Fields and Metaphors: Symbolic Actions in Human Society* (Ithaca, Cornell University Press, 1974). pp. 23-59.

<sup>107</sup> En un periódico limeño, Carlos Rodríguez, hermano de Manuel y enemigo, por tanto de O'Higgins, lo atacó de la siguiente manera: “Oprobio eterno a Don Bernardo O'Higgins matador alevoso, ladrón público, facineroso consuetudinario, hipócrita refinado, profanador habitual de la religión del género humano, vil, bajo, infame, pérfido, ruín, indigno de trato de los hombres de bien, delincuente en toda clase de crímenes”. La cita en Jaime Eyzaguirre, *Bernardo O'Higgins* (Santiago, Editorial Zig-Zag, 1985), p. 404. Rodríguez fue condenado por este libelo a dos meses de cárcel y un pago de una multa de ciento cincuenta pesos.

abrazar al menos simbólicamente a la patria ausente a la que retornaron sus restos, cuarenta y cinco años después de su dramática partida.<sup>108</sup>

En 1864, a casi cuarenta años del decreto, que dictaminó lo que se dio en llamar el ostracismo de O'Higgins, **el Congreso dejando de lado los inconvenientes de un largo proceso, -que en palabras de Vicuña Mackenna estuvo “preñado de tormentas políticas”-, decidió reiniciar los trámites de la repatriación.**<sup>109</sup> Cabe recordar que la dimisión de O'Higgins se originó en una verdadera crisis constitucional, un rechazo al sistema electoral y de la intervención del Ejecutivo en la formación del Congreso. La crisis que desembocó en la deportación de O'Higgins vino acompañada por una oposición concreta a la política de su gobierno y una denuncia moral al comportamiento del ministro Rodríguez Aldea. Esta combinación de factores constitucionales, política coyuntural y animosidades personales se haría reconocible en las varias rupturas políticas que marcaron la historia de Chile durante el resto del siglo XIX. Los nuevos acuerdos políticos, especialmente el que llevó a la fusión liberales-conservadores, el fallecimiento de muchos de los enemigos más acérrimos, unidos a esa tendencia chilena de cubrir el pasado con lo que Brian Loveman y Elizabeth Lira han denominado como “las suaves cenizas del olvido”<sup>110</sup> -un tema que desarrollaremos más adelante-, permiten entender el hecho de que Manuel Blanco Encalada, el mismo que en 1823 pidió al Congreso que O'Higgins fuera declarado fuera de la ley, iniciase, por voluntad del propio Congreso de la república, la repatriación de sus restos mortales. El deseo de Pedro Demetrio O'Higgins de erigirle a su padre un mausoleo en Lima provocó la preocupación entre los congresistas de que los restos del general permaneciesen “desterrados para siempre”.<sup>111</sup> La decisión política que borró de un plumazo varias décadas de conflictos intraelite es una clara muestra de la nueva cultura de *aggiornamento* que se estaba forjando en la antigua Capitanía General. Como consecuencia de ello, la República de Chile sustituyó a la familia de O'Higgins, erigiéndose en la absoluta depositaria de su cuerpo y de su legado.

La cuadrilla formada por las corbetas *O'Higgins*, *Chacabuco* y *Esmeralda* zarpó de Valparaíso con dirección al Callao el 9 de diciembre de 1868<sup>112</sup>. Sobre la popa de la *O'Higgins* se elevaba un “templete fúnebre” destinado a encerrar los restos mortales del padre fundador. El viaje del “convoi fúnebre” al Callao, cuya partida se retrasó cuatro años por motivo de la Guerra contra España, fue percibido por algunos de sus participantes como

---

<sup>108</sup> Eyzaguirre, O'Higgins, pp. 371-427. Uno de los símbolos de una “buena muerte” está relacionado con las últimas palabras pronunciadas por el moribundo. Palabras que supuestamente deben de tener un significado especial por la manera como pueden servir para guiar a los vivos. Una reciente publicación que muestra el interés por este tema en Francia es la de Isabelle Bricard, *Dictionnaire de la Mort de Grand Hommes* (Paris, 1995).

<sup>109</sup> El caso del exilio y posterior repatriación de O'Higgins no es excepcional en Hispanoamérica. A lo largo del siglo XIX situaciones similares ocurrieron en Venezuela con Simón Bolívar, en Argentina con José de San Martín, Bernardino Rivadavia y Juan Manuel Rosas, en Perú con Agustín Gamarra y José de La Mar y en el Uruguay con José Gervasio Artigas.

<sup>110</sup> Brian Loveman y Elizabeth Lira, *Las suaves cenizas del olvido: vía chilena de reconciliación política, 1814-1932* (Santiago de Chile, DIBAM, 1999).

<sup>111</sup> *La corona del Héroe*, p. 24.

<sup>112</sup> Una aproximación al protocolo del funeral de O'Higgins aparece en *La corona del Héroe*, pp. 55-58.

parte constitutiva de un festival patriótico; un momento casi mágico en el que de acuerdo a Alessandro Falassi el tiempo mundano desapareció para dar paso al tiempo mítico<sup>113</sup>. En efecto, uno de los miembros de la expedición señaló que el día catorce de diciembre, después de cinco días de navegar por las frías aguas del Pacífico, los costados de la nave empezaron a iluminarse. “La estela”, observaba el relato, “fulguraba en mucha extensión y los peces que surcaban la superficie del mar en todas las direcciones trazaban rayos de luz”. El día 15 el mismo testigo anotó que “la fosforescencia del mar” había sido esa noche superior a las anteriores y, por ello, el océano presentaba el aspecto de “una ciudad inmensa espléndidamente iluminada”<sup>114</sup>. Es importante recordar que la estructura de un festival está conformada por bloques que son considerados como actos rituales, en el sentido de que los ritos ocurren dentro de un marco temporal y espacial excepcional, cuyo significado trasciende los aspectos meramente literales. El marco ritual que abre un festival es el de la valorización. El mismo tiene por objeto la modificación del tiempo y del espacio. Para servir como teatro de un evento ritual, un área específica es reclamada, delimitada, sacralizada y prohibida de ser usada para actividades normales.<sup>115</sup> El espacio sagrado del barco funerario y del mar que lo circundaba, valorizado en el relato del testigo anteriormente citado, fue posteriormente desplazado al centro de Santiago. La construcción de un mausoleo para O’Higgins, su posterior funeral público, el develamiento en 1872 de su estatua ecuestre y la celebración del centenario de su natalicio serán los hitos que marcarán el inicio de la valorización de la ciudad-capital chilena y de su refundación. A partir de ese momento, que ocurre en la década siguiente al arribo de los restos mortales de O’Higgins, Santiago adquirirá las características del eje de la nación, el faro de la civilización y el centro por excelencia del ritual republicano.<sup>116</sup> Privilegio que a fines de la década de 1870 le disputará su contraparte portuaria, Valparaíso.<sup>117</sup>

El 19 de diciembre las corbetas chilenas acoderaron en el Callao. El 21 de diciembre, luego de una visita privada de Blanco Encalada al Presidente José Balta, el gobierno del Perú autorizó al Prefecto de Lima para que se tomaran todas las medidas conducentes al ceremonial de exhumación de los restos del General O’Higgins. El 22 de diciembre los militares y marinos peruanos agasajaron a sus pares chilenos con un *lunch* en donde los

---

<sup>113</sup> Para las Ciencias Sociales un festival es un acontecimiento social en el que a través una multiplicidad de formas y una serie de eventos coordinados participan directa o indirectamente los miembros de una comunidad que está unida por lazos lingüísticos religiosos e históricos. La función social y el significado simbólico de un festival están relacionados con una serie de valores que la comunidad reconoce como esenciales a su ideología y a su visión del mundo, a su identidad social, a su continuidad histórica y a su sobrevivencia física que es lo que finalmente el festival celebra. Orlando Falassi, *Time out of Time: Essays on the Festival* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1987), p. 2. El tema anterior también ha sido analizado por Victor Turner, *Celebration: Studies in Festivity and Ritual* (Washington, Smithsonian Press, 1982).

<sup>114</sup> *La corona del Héroe*, pp. 64-65.

<sup>115</sup> Falassi, *Time out of Time*, p. 4.

<sup>116</sup> Geertz, “Centers, Kings and Charisma: Reflections on the Symbolics of Power”, en Joseph Ben David y Terry Nichols (eds.), *Culture and its Creators: Essays in Honor of Edward Shils* (London, University of Chicago Press, 1977). pp. 150-171.

<sup>117</sup> Armando, Ramón, *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana* (Madrid: Editorial MAPFRE. 1992), p. 159.

huéspedes “derramaron lágrimas por los rasgos de patriotismo continental demostrado por los peruanos”. El 23 de diciembre las autoridades peruanas dedicaron una función teatral a la comitiva chilena a la que Blanco Encalada se excusó de asistir por encontrarse presidiendo “una comisión fúnebre”. El ritual de la exhumación, que tuvo lugar el 28 de diciembre y que fue certificada por la Beneficencia Pública de Lima, se inició a las once de la mañana cuando la comisión chilena reunida en Palacio de Gobierno con los Ministros de Relaciones Exteriores, de Guerra y de Culto del Perú enrumbo al Cementerio General de Lima. Allí, en el cuartel Santo Toribio se procedió, en “medio de solemnidades”, a abrir el nicho y luego el ataúd que contenía los huesos de O’Higgins, los que aún permanecían envueltos en un sudario descolorido por la acción del tiempo. Sus restos mortales fueron trasladados con cuidado a un ataúd que se había preparado para tal efecto. Uno de los miembros de la comitiva chilena observó que “los despojos mortales del guerrero” cubiertos por la mortaja del religioso franciscano “tenían el aspecto del cadáver del más severo penitente”. Su cabeza reposaba sobre una almohada y el cuerpo sobre aserrín de madera de cedro. Bajo “el hábito franciscano” proseguía el relato, estaban ocultos “el quepí y la casaca miliar”<sup>118</sup>. De la interesante descripción de cómo lucía el cadáver, hecha por este testigo de excepción, se recoge la idea de la expiación de O’Higgins, un tema crucial en las exequias santiaguinas y que será analizado más adelante. El capitán general había pagado con creces sus culpas y por ello sus despojos mortales eran la metáfora de cómo la fe religiosa podía transfigurar los ímpetus del guerrero. Es importante recordar que para producir un “gran hombre se necesita el poder santificador del tiempo y del pasado,<sup>119</sup> un requisito que la imagen del “O’Higgins penitente” parecería sugerir.

En el discurso pronunciado en las ceremonias de exhumación por el ministro de Relaciones Exteriores del Perú, José Antonio Barrenechea, éste recordó a la concurrencia las dimensiones continentales de la gesta emancipadora, señalando que “los grandes soldados de las repúblicas americanas” eran también “los grandes soldados de las demás” debido a que “las aspiraciones y hasta las simpatías, los odios y las venganzas de una de ella” eran el “patrimonio de todas”. En uno de los momentos más emotivos del discurso Barrenechea señaló: “Vuestro capitán general nos pertenecía; pero él era ante todo vuestro. Por eso os lo devolvemos. Sin embargo, esas cenizas os dirán que están naturalizadas en el Perú. Ellas son el glorioso recuerdo de una gloriosa unión”.<sup>120</sup> Con lo anterior el ministro ponía en evidencia de que a pesar de los lazos simbólicos que unían a Chile y al Perú, la etapa de la república continental había cedido paso a la de las identidades nacionales y dentro de ese

---

<sup>118</sup> *La corona del Héroe*, pp. 72-73.

<sup>119</sup> Un patrón común en el desarrollo del héroe mítico atraviesa por tres fases: separación, iniciación y retorno. Durante la segunda el héroe debe atravesar una serie de pruebas de tipo purificador, que lo hagan merecedor del retorno y de la reintegración pruebas, a su propia sociedad. Para este punto ver Joseph Campbell, *The Hero with a Thousand Faces* (Princeton, Princeton University Press, 1968). Para el poder santificador del tiempo sobre el “gran hombre”, ver Ben Amos, *Funeral, Politics and Power*, p. 157.

<sup>120</sup> *El Comercio*, 28 y 29 de diciembre de 1868.



contexto Chile-nación requería tomar posesión material de los restos del fundador de la Patria Vieja.

A las 12 del día del 29 de diciembre el templo de Santo Domingo lucía invadido de público. A la hora que comenzaron las honras fúnebres que los limeños ofrecieron a O'Higgins no había un sitio desocupado en toda la iglesia, la cual se encontraba enteramente cubierta de luto. Las ventanas encortinadas con paños negros le daban al recinto colonial un aspecto "imponente y majestuoso". Delante del altar mayor se había levantado el catafalco, rodeado por piras que despedían una luz azulada. En la base de una pirámide adyacente y a manera de una lección visual de historia republicana, se leía: Maipú, Chacabuco, Cancha Rayada y Segundo Sitio del Callao.<sup>121</sup> El presbítero Juan Núñez del Arco fue encargado de pronunciar la oración que precedió el traslado de los restos de O'Higgins al carro fúnebre, cubierto con las armas de las repúblicas de Perú y de Chile. El ceremonial fue visto por miles de limeños. De acuerdo al redactor del diario *El Comercio* las calles de Lima estaban "invadidas por un gentío inmenso". Las banderas a media asta y las salvas de cañones disparadas desde el fuerte de Santa Catalina le daban solemnidad a un evento que conmemoraba públicamente las dimensiones panamericanas de la gesta republicana y el papel que en la misma ocupó O'Higgins. En el Callao, tres tiros de cañón, disparados a las tres y cincuenta de la tarde por una de las baterías del sur, anunciaron la aproximación de la comitiva fúnebre. Todas las autoridades chalacas, incluido el Prefecto, la recibieron en la estación. Los batallones de Marina y de Artillería formaban un cerco humano que servía de corredor al ataúd portando los restos del patriota chileno, cuyas cintas eran llevadas por el vicealmirante Blanco, el general grancolombiano Mosquera, el coronel Alvarado Ortiz y el coronel Amat. Cabe recordar que los dos primeros jugaron papeles importantes en la gesta libertadora. Los restos de O'Higgins fueron finalmente embarcados en una falúa en la que iba, también, parte de la comitiva peruano-chilena que arrastraba el duelo.

La procesión naval, precedida por 29 embarcaciones de las naciones vecinas, llegó a la corbeta O'Higgins donde el ataúd fue depositado en la capilla ardiente que para tal efecto venía preparada desde Valparaíso. La recepción de los restos a bordo fue saludada por tres salvas de quince cañonazos disparados por la *Esmeralda*, y las fragatas peruanas *Independencia* y *Apurímac*. Desde la hora que llegó el convoy hasta la puesta del sol, los buques de guerra y las baterías peruanas no cesaron de hacer cañonazos cada media hora. El 30 de diciembre la escuadra chilena partió siendo acompañada hasta el cabezo de la Isla San Lorenzo por el *Apurímac*, la *Unión*, el *Huáscar* y la *Independencia*, la que prosiguió la travesía con el convoy hasta Valparaíso.<sup>122</sup> El día 11 de enero la ciudad portuaria amaneció embanderada y engalanada. El muelle y sus contornos se vieron invadidos por

---

<sup>121</sup> Es importante recordar que el desarrollo de una ceremonia sigue la estructura de una narrativa en la cual cada evento sigue al otro en una secuencia capaz de crear una historia coherente. Sobre la importancia de la narrativa en la creación de una memoria colectiva ver Paul Ricoeur, "Narrative in Time", en W.J.T. (ed.), *On Narrative* (Chicago, University of Chicago Press, 1981), pp. 175-176.

<sup>122</sup> *El Comercio*, 29 y 30 de diciembre de 1870.

una gran multitud que pugnaba por buscar una ubicación privilegiada. Los edificios de la plazuela del muelle, el de la Intendencia, los de la ribera y los de la calle Cochrane exhibían sus balcones totalmente cubiertos de gente. A pesar del temor mostrado por los organizadores del evento, quienes temían ver desprenderse el “antepecho” de la Bolsa Comercial, ésta logró cobijar a cientos de personas, tanto en sus salones como en el techo y en cualquier espacio disponible. Porque lo único que contaba para centenares de porteños en ese día soleado era ver el desembarque en suelo chileno de los restos de Bernardo O’Higgins.

Concluido el acto de desembarque, la comitiva se dirigió en cortejo a la Iglesia de San Agustín “en medio de una muchedumbre de gente” que por no caber en la calle principal se vio precisada, de acuerdo a un testigo, a tomar por asalto “los callejones y las calles laterales”. Luego de los servicios fúnebres el ataúd junto con su comitiva fue trasladados a la explanada de la estación del tren. El gentío ahí era, también, inmenso. El agolpamiento de población, sin precedentes en la historia de Valparaíso, obligó a que muchos de los niños presentes fueran evacuados y puestos a buen recaudo en el techo de la oficina del ferrocarril.<sup>123</sup> En la ceremonia previa a la partida a Santiago del “convoi fúnebre”, el que tuvo una parada más en Limache y otra en Quillota, no faltaron los discursos a cargo de los notables de la ciudad.

En el primer discurso pronunciado por Adolfo Ibáñez en la explanada del ferrocarril porteño, el juez y letrado hizo una interesante comparación entre el Valparaíso del pasado, el “atrasado y oscuro” que el capitán general abandonó el 17 de julio de 1823, y el moderno que exhibía “centenares de carruajes, el martillo del artesano, el choque de las máquinas y el continuo movimiento del comercio”. En ese nuevo Valparaíso, en el que la electricidad y el vapor habían sustituido a los lentos y tardíos medios de comunicación y transporte de antaño, el discurso de Ibáñez podía ser transmitido con la “celeridad del rayo” a más de “200 leguas de distancia”. Lo anterior se había logrado, de acuerdo al juez, porque los hombres que figuraron en la gloriosa epopeya de la Independencia echaron también las bases para el progreso material de la nación. El sistema político provisto por O’Higgins convirtió a los chilenos de “vasallos de España” en “ciudadanos” de esa “República” próspera y pujante que ahora lo recibía cuarenta y cinco años después de su partida. Era por tan extraordinario acontecimiento que resultaba más que un imperativo en aras del “glorioso nombre” del padre fundador dejar de lado “las rencillas y disensiones domésticas que separaban a los chilenos y unir voluntades para las tareas del futuro. Al subrayar el hecho de que el pueblo necesitaba para “su propia vida y existencia” el recuerdo y veneración de los héroes”. Ibáñez subrayó la importancia de las lecciones de pedagogía republicana asociadas al ritual funerario en honor de O’Higgins.<sup>124</sup>

---

<sup>123</sup> *La corona del Héroe*, p. 89.

<sup>124</sup> *La corona del Héroe*, pp. 101-103.

En el discurso siguiente el licenciado de leyes Jacinto Chacón coincidió con Ibáñez cuando afirmó que el héroe de Rancagua encontraba a su “familia transfigurada”. Todo era nuevo, aunque nada debía de ser extraño para quien había fundado con su sangre la república chilena. “Los ferrocarriles, telégrafos; el comercio extendido a lejanos continentes: la sólida organización del poder público; las maduras producciones de arte y de la ciencia y esa culta sociabilidad” eran los frutos más visibles, de acuerdo a Chacón, de la independencia que O’Higgins otorgó a sus conciudadanos.<sup>125</sup>

El tema de la expiación del padre fundador fue abordado por Mariano Casanova, vicario de la parroquia de San Salvador. El sacerdote recordó a los cientos de asistentes a la ceremonia religiosa el tema de su “purificación”. Dios lo había condenado a sufrir la mayor pena que un ser humano podía experimentar, la del destierro. Cual Moisés sudamericano, O’Higgins había muerto, sin ver esa tierra prometida que lo recibía renovada y feliz de mostrarle las pruebas materiales de su desarrollo económico. Retomando el argumento esbozado en los discursos previos, el del progreso material experimentado por Chile, Casanova hizo votos porque el vapor llevase a O’Higgins a través de las montañas y valles que antes habían escuchado su voz profunda. Estaba convencido de que las cenizas de O’Higgins se conmovían de alegría al ver la gran transformación experimentada por la patria que él había dejado cuatro décadas atrás.<sup>126</sup>

Antes de proseguir con el relato de la ceremonia central que tuvo como broche de oro el imponente entierro ofrecido a O’Higgins por la República de Chile, el 13 de enero de 1869, me gustaría retomar algunos de los temas tratados por los oradores en Valparaíso, en especial el referente a los cambios económicos ocurridos en Chile y sus efectos inmediatos en la creación de un fenómeno que puede denominarse: cultura del desarraigo. Este punto, del que nos ocuparemos más adelante, exhibe uno de los momentos culminantes en la dación de una ley consular tendiente a proteger y en muchos casos repatriar, con dineros del Estado, a los chilenos dispersos por varios países del mundo. Lo que pone en evidencia el tipo de problemas estructurales de aquella sociedad que, coincidentemente, recibía con los brazos abiertos al expatriado por excelencia, al símbolo de cuarenta y cinco años de desarraigo. Con la finalidad de establecer una conexión entre el evento y la estructura, creo que es importante reflexionar en torno al tema del desarraigo, anteriormente mencionado, y al de “las rencillas y disensiones”, a las que se refirió Ibáñez en su discurso-homenaje a O’Higgins en el puerto de Valparaíso.

---

<sup>125</sup> *La corona del Héroe*, pp. 104-105.

<sup>126</sup> *La corona del Héroe*, p. 113. Respecto al tema de la expiación y purificación de O’Higgins. Falassi anota sobre la existencia de rituales purificadores en la estructura de un festival. Así, el ritual se centra la mayoría de las veces alrededor de una suerte de “chivo expiatorio”, el que libera todos los elementos negativos que hacen imposible la integración social. Falassi, *Time out of Time*, p. 4. Es importante anotar que el tema de la expiación empieza a ser mencionado de manera regular por los sacerdotes católicos chilenos. En especial para contraponerlo a los “errores y abominaciones” cometidos por los “hombres sin Dios, sin religión, sin virtud”. En esa misma línea argumentativa ver, por ejemplo: *Discurso pronunciado en la misa expiatoria en la Asamblea Católica en Santiago de Chile para conmemorar el aniversario secular de la expulsión de los jesuitas* (Santiago, Imprenta del Correo, 1867).

## II. Una nación dividida

La consolidación del gobierno autoritario en 1839 dio a Chile un verdadero sistema político nacional con capacidades administrativas que abrió el camino al impresionante crecimiento económico exhibido en las décadas siguientes.<sup>127</sup> Este descansó en la consolidación de un círculo productivo físico que tenía como sustento la actividad agrícola, la minería, la de comunicaciones y la actividad manufacturera fabril de artículos de producción y la construcción. Dicha consolidación económica era causa y a la vez consecuencia de un desarrollo urbano centrado en las ciudades de Santiago y de Valparaíso.<sup>128</sup> Como consecuencia del proceso anterior, las maravillas de la tecnología, de la que tanto se ufanaban en sus discursos Ibáñez, Chacón y Casanova, llegaron a Chile a mediados del siglo XIX. En 1851 se construyó el primer tramo del ferrocarril que conectaba Copiapó con el puerto de Caldera: en 1863 otro tramo unió a Valparaíso y Santiago y fue extendido al sur hasta San Fernando. Un renovado sistema de comunicaciones, entre los que destacan caminos, puentes, ferrocarriles, la navegación a vapor y la línea telegráfica que llegó a Chile en 1851, cubrieron las necesidades del importante sector agroexportador. La producción cuprífera se expandió de 8.000 toneladas métricas a 10.000, para llegar a su máximo de 35.000 toneladas en 1860. En ese año el valor del cobre se incrementó, duplicando su peso específico en el presupuesto nacional en aproximadamente 56%. La industria cerealera, que observó, un gran incremento debido a las demandas del mercado californiano y australiano, permitió una considerable acumulación de capitales en el agro, cuya producción creció de una manera notable. Entre 1844 y 1860 el valor de las exportaciones agrícolas se quintuplicó. Los cambios demográficos fueron un reflejo de las grandes transformaciones económicas experimentadas por la antigua capitania general. La población chilena creció de un millón de habitantes en 1835 a dos millones cien mil en 1875. El ritmo económico tuvo su correlato, también, en el mundo de las finanzas. En 1855 se estableció la Caja de Crédito Hipotecario, el más importante banco hipotecario de Sudamérica. Entre 1850 y 1875 se crearon dieciocho bancos, los que emitieron una cantidad de billetes cuyo valor dobló más de una vez la suma total del presupuesto de la nación, influyendo en el volumen de los gastos y en el nivel de vida de la población. Dentro del contexto anterior, la economía de las elites se fue integrando de manera funcional al aparato del Estado.<sup>129</sup> El “boom económico” chileno que empieza hacerse evidente en la década de 1850 y que coincide con lo que el historiador Eric Hobsbawm denomina “la era

---

<sup>127</sup> El artífice del sistema político chileno fue el estancero santiaguino Diego Portales (1793-1837). Para una aproximación a este momento fundante en la historia política chilena denominado de “la república autocrática” ver Brian Loveman, *Chile: The Legacy of Hispanic Capitalism* (New York, Oxford University Press, 1988), pp. 122-135; William Sater y Simon Collier, *A History of Chile: 1808-1894* (New York, Cambridge University Press, 1996), pp. 52-66; sobre la etapa portaliana ver Collier, “The Historiography of the Portalian Period in Chile (1831-1891)”, *Hispanic American Historical Review*, 57 (1977), pp. 660-690; una aproximación crítica al tema del discutible orden impuesto por Portales es la provista por Sergio Villalobos, *Portales. Una falsificación histórica* (Santiago, Editorial Universitaria, 1989) y Jocelyn-Holt, *El peso de la noche: nuestra frágil fortaleza histórica* (Santiago, Editorial Ariel, 1997).

<sup>128</sup> De Ramón, *Santiago de Chile*, pp. 159-163.

<sup>129</sup> De Ramón, *Santiago de Chile*, p. 166.

del capital” produjo en el país una sensación de progreso y optimismo, pero también de angustia y desolación.<sup>130</sup>

Santiago, en manos de una oligarquía que imprimió a la ciudad sus características y sus defectos, dominaba y controlaba el resto del país. Integrada por remanentes de la vieja aristocracia colonial, de una joven burguesía emergente y revitalizada por la inmigración extranjera, la oligarquía había logrado controlar, a través de Santiago, todo el territorio de la república. Desde la década de 1860 el gobierno nacional estaba en manos del partido liberal. Sin embargo, la cultura de la continuidad y de la permanencia histórica, amenazada por los sangrientos conflictos desatados en 1851 y 1859, era compartida tanto por conservadores como por liberales. quienes respetaban tácitamente el espíritu tradicionalista sostenido por la oligarquía santiaguina.<sup>131</sup>

Esta posición abiertamente hegemónica no era aceptada, sin embargo, por el resto de las provincias. En un editorial en *El Curicó*, publicado en diciembre de 1856, se señalaba que mientras la capital absorbía todas las entradas, recibía los mejores materiales y concentraba los beneficios, las provincias languidecían en la miseria y en el atraso. En el pasado, continuaba el editorial, las provincias pagaban impuestos a la corona española.

Ahora, los mismos impuestos tenían como finalidad el embellecimiento de la corte de Santiago.<sup>132</sup> Los grupos más altos de la sociedad de Santiago no pudieron detener los cambios provocados por las intensas transformaciones económicas, tampoco pudieron silenciar las quejas de las provincias, en lo que sí fueron exitosos fue en dirigir aquel proceso en su propio beneficio. Una de las maneras de hacerlo fue reafirmar a la ciudad-capital en su papel de emisora de una sociabilidad y de una cultura funcional para los nuevos tiempos. Dentro de este contexto, no resulta una mera coincidencia la migración, por esos años, de importantes familias provincianas a Santiago. Entre 1850 y 1870, Santiago experimentó intensos cambios en su arquitectura, en sus gustos, en sus comunicaciones y en las características de su esfera pública.<sup>133</sup> La riqueza permitió transformar la ciudad de aldea española en ciudad moderna. Uno de sus artífices fue el Intendente Benjamín Vicuña Mackenna. Miembro de esa clase que el Presidente Bulnes

---

<sup>130</sup> Para esta etapa fundamental en el despegue económico chileno ver Loveman, *Chile*, pp. 159-163, y Sater y Collier, *A History of Chile*, pp. 73-103. Sobre las características “globalizadoras” de “la era del capital” su impacto en Hispanoamérica ver Eric Hobsbawm. *The Age of Capital: 1848-1875* (London. Weinsfeld and Nicholson, 1975).

<sup>131</sup> Sobre la importancia de la continuidad en la Historia de Chile ver Loveman, *Chile*, pp. 3-7, y Collier y Sater, *A History of Chile*, p. 89.

<sup>132</sup> Loveman, *Chile*, pp. 139-140.

<sup>133</sup> En 1852 el Estado adquirió el Observatorio Astronómico, que había sido construido en 1849, y lo puso a cargo del sabio alemán Carlos Maesta. Entre 1853 y 1857 se construyó el Teatro Municipal. Entre 1852 y 1858 se construyó el Correo y en 1856 se levantó la Estación de Ferrocarriles. Ya en 1851 los santiaguinos se habían iniciado en la comunicación telegráfica. En 1863 se inician los trabajos para levantar el edificio de la Universidad de Chile en la Alameda. El Club de la Unión, fundado por un grupo 178 personas, pertenecientes a lo más rancio de la oligarquía santiaguina, fue formado en 1864. En 1855 apareció *El Ferrocarril*, órgano del Partido Montt-Varista; en 1864, *El Independiente*, órgano del Partido Conservador; y en 1867, *La Libertad*, voz del Partido Radical. Un interesante recuento de los cambios ocurridos en Santiago durante esta etapa es el provisto por Collier y Sater, *A History of Chile*, pp. 84-88.

denominó como “la gente de juicio y de séquito”, Vicuña dio inicio en 1872 a un proceso de reforma arquitectónica y cultural que apuntaba, entre otras cosas, a crear en Santiago “un cordón sanitario contra “la influencia pestilente” del arrabal.<sup>134</sup>

En 1858 Pedro Félix Vicuña, el padre del Intendente, observaba en su obra *El porvenir del hombre* que “la idea de aparecer ricos” había “invadido” todos los estratos de la sociedad santiaguina.<sup>135</sup> En 1874, el tema volvió a ser ventilado en las páginas del folleto *Nuestro enemigo el lujo* cuando su autor criticó la atmósfera de superficialidad que rodeaba a la prosperidad chilena.<sup>136</sup> El fenómeno, que tuvo como paradigma el surgimiento de la figura del siútico, y de cuyos efectos incluso Manuel Blanco Encalada no logro escaparse,<sup>137</sup> había empezado a experimentarse a inicios de la década de 1850 cuando los enriquecidos por el auge de Chañarcillo llegaron “cargados de onzas” a Santiago con la finalidad de exhibir sus “improvisadas aficiones de nuevos ricos”.

<sup>138</sup> Las “casonas de balcones corridos” se cambiaron por “palacios de majestuosos balcones de mármol blanco” y a “los saraos policromados de mistelas y de alojas refrescantes” le sucedieron los bailes suntuosos “con champaña y licores franceses” como el denominado de “la fantasía” ofrecido por Claudio Vicuña Guerrero en la versión chilena del Palacio de la Alhambra o el que dio Blanco Encalada a un grupo distinguido de amigos en su mansión de Agustinas y Morandé.

Por último, los anfitriones contaron con los servicios de un lacayo de quien guiaba a los invitados a la entrada del palacete, mientras que un mayordomo italiano anunciaba sus nombres en francés.<sup>139</sup> La nueva social que se va imponiendo por esos años en la capital chilena era como rituales fundamentales el paseo en carruaje por la Alameda. La posesión de un palco en la ópera, el atender los saraos y los bailes, el viaje obligado a Europa, pero por sobre todo el cultivar la elegancia, el buen gusto y una manera distinguida de vivir.

---

<sup>134</sup> El trabajo de Vicuña Mackenna es descrito por el mismo Intendente en *Un año en la Intendencia de Santiago, lo que es la capital y lo que debiera ser. Memoria leída a la Municipalidad de Santiago en su Sesión de Inauguración el 5 de mayo de 1873* (Santiago, Imprenta de la Librería del Mercurio, 1873); *El Paseo de Santa Lucía, lo que es y debiera ser. Segunda Memoria de los Trabajos ejecutados desde el 10 de setiembre de 1872 al 15 de marzo del presente año* (Santiago, Imprenta El Mercurio, 1873); y *Álbum de Santa Lucía. Colección de las principales visitas, monumentos, jardines, estatuas y obras de arte de este paseo dedicado a la Municipalidad de Santiago* (Santiago, Imprenta y Librería del Mercurio, 1874). Para una aproximación reciente a “la ciudad de Vicuña Mackenna” ver Luis Alberto Romero, *¿Qué hacer con los pobres? Elites y sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895* (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1997). pp. 24-31.

<sup>135</sup> Sergio Villalobos, *Origen y ascenso de la burguesía chilena*. Santiago (Santiago, Editorial Universitaria, 1998), p. 61.

<sup>136</sup> Loveman, *Chile*, p. 138.

<sup>137</sup> La palabra siútico es un neologismo de derivación incierta, que es atribuido a Victorino Lastarria. La palabra empieza a usarse a mediados del siglo XIX para describir al trepador social, ansioso de alcanzar un estatus del cual carecía. Para críticas a Blanco: “capaz de heroísmo noble en sus sentimientos, caballeroso en sus hechos” aunque de vez en cuando, también, “empapado” en el recuerdo de sus “grandes espejos, de sus lustres, de sus sillas y del guardarropa de su mujer”. Ver Villalobos, *Origen y ascenso*, p. 87.

<sup>138</sup> La conexión entre Chañarcillo y California y la llegada a Santiago de la “plata nueva” es observada por Benjamín Vicuña Mackenna, en Collier y Sater. *A History of Chile*, pp. 88-89.

<sup>139</sup> Villalobos, *Origen y ascenso*, pp. 86 y 100.

Ello ocurría principalmente en ciertos escenarios como los parques, los salones, los cafés y en las antes accionada Alameda, donde la moda y el buen gusto eran exhibidos.<sup>140</sup>

El centro fastuoso fue creando su periferia miserable. De acuerdo a Vicuña, los lujos de los ricos se mantenían mediante recargos en las regiones a los inquilinos, la subida de los arriendos y la explotación sin misericordia del trabajo del pobre.<sup>141</sup> En Santiago confluían la riqueza y la belleza. El hombre que formaba una fortuna iba a gastarla ahí, el que no disponía iba a Santiago para buscarla. Un editorial de *El Ferrocarril* publicado el 8 de abril de 1872 ponía en evidencia que mientras la “opulencia” mostraba sus fascinaciones en una casi “orgía” de “palacios, de carruajes, figuras de bronce, de cuadros y de tapices” las clases trabajadoras permanecían en la puerta de “las harturas de la prosperidad”. En el invierno, proseguía el editorial, un obrero debía de reducir su alimento para calentar su hogar. Sus habitaciones, que nunca se renovaban, eran un nido hospitalario de los insectos”. Ahí nacían y morían generaciones de chilenos “raquíticos, enfermos del alma y del cuerpo”. Lo que era un presagio de un futuro seguro en el hospital o en la cárcel. Qué amor al amigo o la familia, y aquí podríamos agregar a la patria, podían aclimatarse preguntaba el editorialista, en semejantes sitios. Era un prodigio, ser sorprendido, que bajo la influencia de aquella atmósfera que si era capaz de formar “bestias, enfermos, valetudinarios y criminales” pudiera formarse un solo ser humano.<sup>142</sup>

Mientras que la “ciudad primada” lo absorbía todo y colosales fortunas había levantado bajo su manto protector, los pobres de la ciudad vivían en condiciones infrahumanas. La especulación inmobiliaria provocada por el auge económico provocó la posibilidad de intensificar la segregación entre estratos sociales, Los suburbios de los pobres empezaron a crecer en la periferia de la ciudad, en los márgenes del Río Mapocho, junto a las Cajas de Agua, y en el borde sur de Santiago. A éstos se habían agregado durante la mitad del siglo XIX otras barriadas muy empobrecidas: el denominado “Potrero de la Muerte”, Chuchunco- una de las más peligrosas de la capital-. la villita de Yungay y las famosas poblaciones El Arenal Ovalle. Todos estos asentamientos humanos crecieron merced a la renta de la tierra, lo que proporcionaba a sus propietarios importantes ingresos. La organización de las barriadas más pobres de la ciudad-capital tenía una estrecha relación, no sólo con las familias más poderosas de Santiago, sino también con los poderes públicos, responsables directos de la creación de esos verdaderos submundos.<sup>143</sup>

Muchos de los escritos de la época coincidían en señalar el peligro en el que se encontraba Santiago, literalmente cercada y amenazada por “las hordas de los hambrientos” que poblaban aquello que Vicuña Mackenna denominó el “infecto Cairo” chileno.<sup>144</sup> En esta

---

<sup>140</sup> La mejor aproximación al tema es la provista por Villalobos. *Origen y ascenso*.

<sup>141</sup> Villalobos, *Origen y ascenso*, p. 61. Para una mayor elaboración sobre el tema ver Loveman, *Chile*, pp. 146-159.

<sup>142</sup> *El Ferrocarril*, 28 de abril de 1872.

<sup>143</sup> De Ramón, *Santiago*, p. 173.

<sup>144</sup> Para esta discusión ver *El Ferrocarril*, Santiago 28 de abril de 1872 y el excelente trabajo de Luis Alberto Romero. *¿Qué hacer con los pobres?*. pp. 178-185.

sociedad que reflejaba por sus hondas diferencias sociales una suerte de bipolaridad de “amos y siervos” y que exhibía, de acuerdo a un artículo periodístico, como “locomotora el egoísmo” se habían levantado “diez, veinte, cincuenta millonarios” en medio de “centenares y centenares de infelices”. La situación anterior criticada desde diversos medios periodísticos estaba provocando, para muchos, el alejamiento de Chile de los ideales republicanos. Una de las propuestas para remontar el abismo social creado por una obvia desigualdad económica fue el intento, promovido desde las páginas de un diario capitalino, de “hacer un propietario del proletario”. Lo que debía llevarse a cabo mediante acciones tendientes a arraigar al pobre en el hogar y en la patria. La clave radicaba en transmitirle al desposeído de una nueva sociabilidad para así transformarlo en “un miembro conservador de la sociedad, un buen ciudadano”.<sup>145</sup>

A nivel del campo chileno, la situación no ofrecía una mejor perspectiva para los menos favorecidos por el “boom económico”. En 1860, los salarios en el sector agrícola cayeron precipitadamente, no pudiendo compensar las alzas en el costo de vida sentidas por los campesinos en el rubro de la comida y de las necesidades básicas. Cabe anotar que el crecimiento demográfico de Santiago, que vio incrementada su población de 90.000 habitantes en 1854 a 149.395 en 1875, estuvo estrechamente ligado a los movimientos poblacionales del valle central. Ello configuró una masa de población móvil cuyo representante más reconocido fue el “gañán”. En 1865, uno de cada tres trabajadores se definía de esa manera. De acuerdo al censo, un gañán era aquel que ocupaba toda clase de trabajo o jornal, sin residencia fija. La presencia en Santiago de un contingente de trabajadores cuya principal característica era una gran movilidad locacional y ocupacional -un gañán podía ser un peón agrícola, pero también un doméstico, un cochero o un trabajador minero- abrió la posibilidad de un nuevo escenario para la cultura del desarraigo vivida por los pobres, este fue la calle.<sup>146</sup> En 1872 y a raíz de un decreto del Intendente de Santiago por declarar la mendicidad y la vagancia como fuera de la ley, un periódico capitalino comentaba en torno a la “fatal plaga del pauperismo”, la que se caracterizaba por “los sucios harapos de la miseria” y “los ayes pordioseros del limosnero”.<sup>147</sup>

El problema no se circunscribió tan sólo a Santiago. En 1868, un año antes de la recepción de los restos de O’Higgins, un periodista se refirió al “chubasco de mendigos” que invadía la ciudad de Valparaíso.<sup>148</sup> Lo anterior muestra cómo el capitalismo periférico, celebrado en la explanada del ferrocarril porteño por Ibáñez, Chacón y Casanova, había puesto en circulación no sólo mercancías sino inmensos contingentes de seres humanos. De lo anterior daba cuenta no sólo el mito del “roto de naturaleza trashumante” suscrito por

---

<sup>145</sup> *El Ferrocarril*, Santiago 28 de abril de 1872.

<sup>146</sup> Romero, *¿Qué hacer con los pobres?*, pp. 92-103.

<sup>147</sup> Para una interesante discusión sobre la pobreza ver “Las clases pobres”, en *El Correo del Sur*, Concepción, 17 y 19 de febrero de 1859, en Sergio Grez (comp.). *La cuestión social en Chile: ideas y debates precursores (1804-1902)* (Santiago. Dirección de Bibliotecas. Archivos y Museos/Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1995), pp. 155-162.

<sup>148</sup> *El Mercurio de Valparaíso*, 5 de junio de 1868.



Rosales,<sup>149</sup> sino las decenas de vendedores callejeros en la Alameda, los repartidores o vendedores de alimentos, los peones de construcción, los artesanos pobres que tenían a la calle por su taller, los vagos, las prostitutas y los rateros. Estos últimos eran catalogados por un escritor de la época como una “plaga de malos ciudadanos”, cuyos “audaces atentados” se repetían día a día en las calles centrales de la ciudad.<sup>150</sup>

El desarraigo no sólo era interno. Entre 1802 y 1872, 30.000 chilenos emigraron al Perú buscando mejores oportunidades de trabajo.<sup>151</sup> La promesa de un salario de 62 centavos diarios y modestas raciones de comida pesaron mucho más que las amenazas esgrimidas por el gobierno de establecer una suerte de aduana de hombres para evitar que Chile se convirtiera en un país “sin rabajadores”.<sup>152</sup> El reglamento consular de 1860 evidencia la preocupación de la diplomacia chilena de prestar atención a los miles de chilenos que residían en el exterior. En algunos casos y especialmente durante los años 1869-1872, que Gilberto Harris denomina como el “momento estelar de la sangría”, se produjo un número importante de reparaciones gratuitas costeadas por el Estado chileno. Ello debido a la difícil situación por la que atravesaba la comunidad de expatriados chilenos. Es importante recordar que, en las décadas de los cincuenta y sesenta, la reparación se planteó como un mecanismo diplomático con características de ayuda social. En 1871, por ejemplo, en la legación chilena de Lima se presentaban diariamente “multitud de trabajadores” en un “lamentable estado de enfermedad” solicitando la repatriación gratuita.<sup>153</sup> En una interesante discusión ocurrida a lo largo de varias semanas en la esfera pública santiaguina entre un grupo de periodistas de *El Ferrocarril* y *El Independiente*, se esbozaron una serie de posibles soluciones, una de ellas el aumento de sueldos, con la finalidad de paliar el problema de la emigración incontrolable de chilenos al Perú.<sup>154</sup> Lo anterior no hizo sino poner sobre el tapete el surgimiento de aquella cultura del desarraigo que Chile, a pesar de su crecimiento económico, estaba experimentando. En la misma el pobre era un ser itinerante sin ningún tipo de identidad o lealtad, que vivía el presente, sin preocuparse del pasado y menos del futuro. Esta tendencia del pobre de crear una cultura paralela a “la de la chingana, el bodegón y el grito”, donde lo que primaba era la fugacidad del instante,<sup>155</sup>

---

<sup>149</sup> Una interesante discusión en torno al poderoso mito de Chile como un pueblo vagabundo y “pat’e perro”, concepción profundamente arraigada en la conciencia colectiva nacional, es la provista por Gilberto Harris Bucher, *Emigración y políticas gubernamentales en Chile durante el siglo XIX* (Valparaíso, Ediciones de la Universidad Católica de Valparaíso, 1996), pp. 1-22.

<sup>150</sup> Romero, *¿Qué hacer con los pobres?*, pp. 94.

<sup>151</sup> La inmigración de 1869-1872, la experiencia más traumática por el elevado número de muertos y de enfermos, se dirigió al Perú. Sin industria para emplearlos, una población excedente y desempleada proveyó de mano de obra a los proyectos de construcción ferrocarrilera en el país vecino. Las depresiones mineras, la reducción de trabajos públicos y el declive de la demanda de los productores agrícolas chilenos significó la crisis inmediata de la población, en la medida que las bancarrotas se extendían entre hacendados, empresarios y comerciantes. Harris, *Emigración y políticas gubernamentales*, pp. 33 y 45, y Loveman, *Chile*, p. 151.

<sup>152</sup> *El Ferrocarril*, Santiago, 10 de febrero de 1872.

<sup>153</sup> Harris, *Emigración y políticas gubernamentales*, pp. 90, 94, 107 y 113.

<sup>154</sup> Para los términos de la discusión se puede revisar: *El Ferrocarril* y *El Independiente*, entre febrero, marzo y abril de 1872. Para discusiones anteriores ver Harris, *Emigración y políticas gubernamentales*, pp. 32-33.

<sup>155</sup> Romero, *¿Qué hacer con los pobres?*, pp. 109-110.

fue combatida mediante un discurso moralizador que tuvo como base la idea de la \_\_\_\_\_ revisión y como pilares “la vecindad, el templo, la escuela y la caja de ahorros”.<sup>156</sup> Porque la amenaza frontal a ese frágil, aunque cada vez más extendido discurso de la chilenidad, del excepcionalismo y de la unidad nacional, que empieza a tomar cuerpo luego de la independencia y que se afianza en la década de 1850,<sup>157</sup> era muy real. El problema se complicó aún más cuando los indicadores económicos empezaron a mostrar que el “nervioso esplendor” material estaba llegando a su fin.

### III. Héroe, nación y reconciliación

Hacia fines de la década de 1860 una de las tareas fundamentales del Estado chileno y de sus productores culturales fue forjar un símbolo unificador capaz de anclar al país en el tiempo y en el espacio, protegiéndolo así del desarraigo cultural y geográfico que lo contingente estaba provocando entre importantes sectores de la población. El rescate de la tradición y de la memoria estuvo asociado a la construcción de un poderoso ícono capaz de proveer lazos aglutinadores, además de certidumbres, tanto a las elites como a los sectores subalternos.<sup>158</sup> Es por lo anterior que no resulta una mera coincidencia la llegada de los restos del padre fundador de la república, Bernardo O’Higgins, a la capital de un país fragmentado y polarizado. En el mismo año de su arribo, Chile empujaba decididamente su frontera sur y se deshacía abiertamente de su mito fundador, el de la república de Arauco.<sup>159</sup> O’Higgins, símbolo a partir del cual se debía refundar la república

---

<sup>156</sup> “La reconstrucción de los barrios pobres será la regeneración de las clases trabajadoras, que encontrarán hogares saludables que predisponen a la alegría y en su vecindad la escuela, el templo, la caja de ahorros. Todo invitará ahí a la honradez, a la limpieza, a la piedad, los placeres del hogar y de la familia. Los pulmones respirarán bien, los corazones palparán mejor, habrá horizonte para el alma, atmósfera para la inteligencia. Esos hogares serán una especie de Boecia trabajadora. Tendremos la transformación moral y la material de Santiago”. *El Ferrocarril*, Santiago, 14 de agosto de 1872.

<sup>157</sup> Collier y Sater establecen vínculos entre el entusiasmo por la historia y el desarrollo de un sentimiento nacional. Para 1870, dicho sentimiento denominado “chilenidad” ya había penetrado en los sectores rurales. A pesar de que, de acuerdo a los autores, el mundo rural aún conservaba sus peculiaridades, en las ciudades y en los pueblos el sentimiento patriótico era compartido por todas las clases sociales. Las fiestas patrióticas eran propiciadas por el gobierno, ahí las tradiciones chilenas eran escrupulosamente respetadas. Las fiestas patrias de setiembre eran sumamente populares. La “manía pretensiosa” de los chilenos de percibirse como “gente de espíritu invencible” o “raza privilegiada en Hispanoamérica” se encontraba muy difundida durante la etapa de nuestro análisis. Sater y Collier, *A History of Chile*, p. 103.

<sup>158</sup> Una serie de trabajos han analizado la importancia de la tradición y la memoria en los procesos de integración cultural. Entre ellos cabe anotar los siguientes: Eric Hobsbawm, *The Invention of Tradition* (Cambridge, Cambridge University Press, 1992); Pierre Nora, *Realms of Memory: Rethinking the French Past* (New York. Columbia University Press, 1996-1998); David Middleton, *Collective Remembering*. (London. Sage, 1990); Jacques Le Goff, *History and Memory* (New York, Columbia Press, 1992); Patrick Hutton, *History as an Art of Memory* (New England, University Press of New England, 1993); Michael Kamen, *Mystic Cords of Memory: The Transformation of Tradition in American Culture* (New York: Vintage Books, 1991), entre otros.

<sup>159</sup> Refiriéndose al indio araucano y a lo absurdo del mito construido alrededor del mismo, Vicuña Mackenna observaba en una discusión en el Congreso que tuvo lugar en agosto de 1868: “La patria que él defiende es la de su libre y sanguinaria holgazanería, no la santa patria del corazón, herencia de nuestros mayores, santificada por sus leyes, sus tradiciones y sus tumbas. Es una cosa probada que el indio no sabe nada de ese poderoso heroísmo de sus abuelos, que nosotros por moda le atribuimos. A buen seguro que ni Melín ni Quillapán han visto jamás un ejemplar de *La Araucana* ni saben quienes fueron Rengo y Galvarino”. Vicuña Mackenna, “Primer Discurso sobre la Pacificación

de Chile, era paradójicamente el paradigma del desarraigo y el ejemplo más dramático de lo efímero que resultaban, a la postre, todas las victorias humanas. Sus connacionales se encargaron, sin embargo, de transformar las debilidades y contradicciones del hombre que murió en el exilio en aquella imagen de “una sola pieza”, “sin miedos y sin vacilaciones o ambigüedades” a la que se refirió Vicuña Mackenna en el homenaje que con motivo del develamiento de su estatua ecuestre se le hizo en Santiago en mayo de 1872.<sup>160</sup> La elaboración del mito en torno a O’Higgins,<sup>161</sup> quien se convierte a fines de 1860 en una autoridad simbólica capaz de encauzar el caos, apunta a la manera imaginativa con la que los productores chilenos intentaron solidificar una frágil identidad nacional enfrentando, al mismo tiempo, un temprano y poco explorado antecedente de lo que Tomás Moulián denomina como la “crisis del ser nación”.<sup>162</sup>

Los rituales funerarios siempre han jugado un rol fundamental en el proceso de reintegrar a grupos sociales fragmentados.<sup>163</sup> Si aceptamos el argumento de Roger Graigner en el sentido de que un funeral es una forma de establecer el significado estético de una trayectoria vital y por ello puede compararse a un tema musical, cuyo impacto en el oyente está determinado por la cadencia final,<sup>164</sup> podríamos agregar que la cadencia final del funeral de O’Higgins fue el apelar al espíritu de reconciliación y de unidad y a la celebración de las virtudes republicanas tan funcionales a la etapa por la cual la sociedad chilena estaba atravesando.

Turner ha observado cómo el ritual mortuorio juega un papel fundamental en el proceso de reconciliación de facciones en conflicto. Ello debido a que el ritual funerario proyecta un lenguaje capaz de expresar ideas opuestas y acomodar diferencias y contradicciones. En un marco de codificación de la experiencia lo que promueve un funeral es la armonía entre los participantes del acto. Un funeral apunta a la creación de significado de cara al desorden y

---

del Arauco”, en *Obras completas*, p. 408. Para el mito nacionalista de la república de Arauco ver Collier, *Ideas and Politics of Chilean Independence, 1808-1833* (New York, Cambridge University Press, 1967), pp. 207-217.

<sup>160</sup> “Bolívar deslumbrado por su omnipotencia (...) Miranda glorioso pero turbulento (...) Belgrano y Rivadavia firmando en favor de monarquizar la América (...) O’Higgins no fue nada de eso (...) la vida de aquel ilustre Capitán fue de una sola pieza (...) Jamás vaciló, jamás tuvo miedo, jamás escondió su pecho a los peligros (...) No sería fácil encontrar en los anales americanos una existencia más unida y más compacta en la acción del patriotismo, en la lealtad de la idea y en la constancia de un propósito”. La inauguración de la estatua ecuestre del Capitán General Don Bernardo O’Higgins en mayo de 1872 (Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1872), p. 4.

<sup>161</sup> Un mito es un recurso que permite, a los que se sirven de él, estructurar una serie de circunstancias sociales, históricas o psicológicas (o una combinación de las tres) en categorías opuestas o binarias: ellos-nosotros, bueno-malo, conservador-innovador. El ritual es un mito en acción. Es la dramatización del mito que provee de un modelo de actitudes correctas para la vida secular. Los rituales funcionan en el ámbito de sensibilidad y de subjetividad, más que en el racional. Para un interesante análisis del mito y de su ausencia en un mundo como el actual “abocado al abismo sin fondo de la inexpresividad y de la incapacidad de comunicar en el ámbito de la palabra tanto en su modalidad mítica como lógica ver Luis Duch, *Mito, interpretación, cultura: aproximación a la Logomítica* (Barcelona, Herder, 1998).

<sup>162</sup> La “crisis del ser nación” consiste en la contradicción entre la democracia y el desarrollo económico. En la imposibilidad de la nación de producirse como armonía de los elementos que la componen, “una fractura del Todo, un desajuste de sus capas tectónicas”. Toma Moulián, *Chile actual: anatomía de un mito* (Santiago, LOM-ARCIS, 1997), p. 27.

<sup>163</sup> Para este punto ver Turner, *Drama, Fields and Metaphors*, p. 146.

<sup>164</sup> Roger Graigner, *The Social Symbolism of Grief and Mourning* (London and Philadelphia, Jessica Kingsley Publisher, 1998), p. 91.

al caos. Apela, también, a la nostalgia por restaurar el orden, porque sin orden no puede existir ni significado ni valor. El valor estético de un funeral expresa el deseo del orden y el balance, además de la necesidad de consolidar las relaciones humanas en una situación de colapso y de incipiente desintegración social. El funeral adquiere por ello un importante valor político ya que habla de la habilidad humana de crear formas válidas y legítimas capaces de oponerse a la experiencia del caos. La función de un ritual público como lo es un funeral es el capturar la imaginación del observador, transformando su experiencia en el ámbito físico. Así, los valores morales que se quieren transmitir son exhibidos como símbolos, los que serán procesados en el ámbito sensorial por una audiencia multiforme.<sup>165</sup> En esa suerte de contrapunto polisémico que es un funeral, donde todas las significaciones pueden ser abrazadas simultáneamente, una tumba abierta simboliza tanto la muerte como la resurrección.<sup>166</sup> Por otro lado, los símbolos exhibidos en un ritual funerario operan en el ámbito cosmológico, donde satisfacen la necesidad humana de verdad y de orden, y en el ámbito político afectando directamente a los participantes al crear, afirmar o legitimar su posición social y su poder.<sup>167</sup>

Santiago se preparó con la debida anticipación para el funeral de Bernardo O'Higgins. El duelo nacional de tres días, decretado por el gobierno, fue acatado por todos los empleados del Estado a los que se les exigió llevar luto riguroso y participar activamente en el ritual funerario del padre fundador. Los edificios más importantes de la ciudad exhibieron todas banderas a media asta y las salvas de cañonazos disparadas cada quince minutos fueron un constante recordatorio del día especial que se estaba viviendo en la capital de la república.<sup>168</sup> Las invitaciones a la ceremonia repartidas con antelación a los miembros de las diferentes corporaciones de la ciudad: municipalidad, universidad, gremios, militares y clero, evidencian la burocratización del ceremonial. Sin embargo, la participación popular, convocada desde las páginas de los diarios, sirvió como un marco especial para el homenaje que la capital de la república brindó al padre fundador.

El 13 de enero de 1870, día en que tuvieron lugar las misas de honras fúnebres y posterior inhumación de los restos del Director Supremo, la Alameda amaneció llena de gente. "Era brillante", anotaba un testigo, "el espectáculo que ofrecía ese mar de gente, agitándose de vez en cuando en oleadas como un verdadero océano humano". Los balcones de las casas de las avenidas laterales, a pesar de la distancia de la principal arteria santiaguina, estaban "colmados de espectadores" y "hasta los árboles del paseo cubiertos de curiosos en lo más

---

<sup>165</sup> Estos puntos han sido explorados por: Ben Amos, *Funerals, Politics and Memory*; Michael Ragon, *The Space of Death*; Grainger, *The Social Symbolism*, pp. 100-115; Henry Gorlick, *The Final Curtain: State Funerals and the Theater of Power* (Amsterdam-Atlanta, RODOPI, 1999); Kertsner, *Rituals, Politics and Power*, pp. 100, 139-140 y 184.

<sup>166</sup> Para una aproximación a la polivalencia de símbolos que aparecen en un funeral, Jennifer Woodward, *The Theater of Death: The Ritual Arrangement in Renaissance England, 1570-1625* (Rochester-New York, The Boydell Press, 1997), p. 11.

<sup>167</sup> Stanley Tombiah, *Culture, Thought and Social Action* (Cambridge-MA, Harvard University Press, 1985), p. 156.

<sup>168</sup> Para la conexión entre conmemoraciones e intentos de crear una identidad nacional ver John Gillis, *Commemorations: The Politics of National Identity* (Princeton, Princeton University Press, 1994).

alto de sus copas”.<sup>169</sup> Es importante destacar el hecho de que en un ritual funerario la participación de la comunidad resulta imprescindible. Lo que nos aproxima al tema de la complicitad entre actores, directores y público. La apoteosis al “gran hombre”, que tiene lugar en el cambiante escenario de la ciudad, exhibe uno de sus momentos estelares en el lento avance de la procesión, mediante la cual se produce la transformación del muerto en un ancestro que vivirá eternamente en la memoria nacional. La poderosa imagen, vista por miles de chilenos, del ataúd de O’Higgins colocado en una carroza jalada por briosos caballos a través del centro de Santiago con rumbo a la iglesia, fue importante en sí misma. Por algunas horas el ataúd del padre fundador se convirtió en un centro sagrado capaz de hacer contacto temporal con los espectadores quienes habían dejado sus casas para ver y acompañar la procesión. Esta, de acuerdo a Ben Amos, toma la forma de un peregrinaje dual: uno, en el que se acompaña el ataúd y el otro el de la masa que se encuentra consigo misma en la ruta de la peregrinación.<sup>170</sup>

La catedral metropolitana que aguardaba por los restos de O’Higgins era “una obra colosal” de decoración funeraria. El templo había sido enlutado rigurosamente, habiéndose cubierto todas sus columnas con cortinajes negros guarnecidos de plata. A escasos metros del techo de la nave central se ostentaba “una gran cúpula de paño negro sembrada de estrellas de plata y coronada por un gran penacho de plumas blancas y negras”. De esta cúpula, que servía de dosel, se desprendían cuatro inmensas cortinas negras orladas de plata, recogidas por cordones del mismo metal, que venían a coronar la urna funeraria colocada sobre su pedestal. Trofeos formados de cañones y armas menores, cajas de guerra y estandartes rodeaban el monumento, dándole un aspecto marcial.<sup>171</sup> Cabe subrayar que la muerte de una persona importante es un espectáculo con rasgos teatrales, en sí manifestación evidente del poder simbólico que se intenta proyectar sobre una determinada comunidad.<sup>172</sup> El mismo se muestra no sólo como espectáculo público, influyendo en la distribución del poder político y de las jerarquías sociales, sino como ejemplo para otros funerales menores. Dentro de esta línea argumentativa es importante recordar que, en la década en que se realiza el funeral público de O’Higgins, se estaban produciendo importantes cambios en el tratamiento de la muerte entre las elites santiaguinas. Entre los más importantes cabe anotar los siguientes: la percepción del funeral como un hito de referencia para la memoria colectiva de las generaciones, la definición de ámbitos específicos para la Iglesia y para el Estado y el intento de disociar la actividad funeraria de los excesos festivos del pasado, en especial de aquellas “saturnales” y “bacanales” que las clases altas tanto despreciaban. Por otro lado, la nueva sensibilidad burguesa exhibió sus tendencias hacia el consumo en los

---

<sup>169</sup> *La corona del Héroe*, pp. 142-143.

<sup>170</sup> Ben Amos, *Funerals, Politics and Memory*, p. 320.

<sup>171</sup> *La corona del Héroe*, pp. 142-143.

<sup>172</sup> Para un análisis de la relación entre el poder y ceremonial ver Geertz, *Negara: The Theater State in XIXth Century Bali* (Princeton, Princeton University Press, 1980).

arreglos innumerables detalles del funeral del hombre que paso a convertirse en el símbolo y en paradigma de las virtudes republicanas.<sup>173</sup>

A partir de las ocho de la mañana la iglesia empezó a llenarse de público. A las diez se dio inicio a la misa que fue cantada por los principales artistas líricos de la capital. Eran cien las personas que participaron del homenaje musical, entre ellos los miembros de la sociedad filarmónica Orfeón. Entre los asistentes al servicio religioso se encontraban el Presidente José Joaquín Pérez, cuatro ministros de su despacho, los miembros del Poder Legislativo, de la magistratura judicial, el intendente, algunos miembros del cuerpo diplomático y una comisión de militares peruanos que acompañaron a O'Higgins hasta su última morada. La oración fúnebre pronunciada por el presbítero Salvador Donoso utilizó como un punto inicial de reflexión una lectura del Libro III de los Reyes que se iniciaba con la poderosa frase: "Yo te escogí para que fueses el jefe de mi pueblo y te he dado un nombre grande como el nombre de los más grandes de la tierra", La lectura de este versículo del Antiguo Testamento le permitió a Donoso ingresar al territorio cultural que muchos de los participantes en el acto religioso conocían muy bien, el de la excepcionalidad chilena. Donoso afirmó en su sermón que el "ilustre prócer" de la emancipación política de Chile era un "hombre designado por Dios", que a la manera de David había luchado denodadamente para obtener la independencia nacional. Debido a esa conexión con Dios, "la Divina Providencia" siempre acompañó a O'Higgins tanto "en la adversidad" como en "la cima del poder". A pesar de la infinidad de problemas por los que atravesó, el Capitán General siempre mostró las características de generosidad, esfuerzo y constancia de "un héroe cristiano". Negar lo anterior, afirmaba contundente Donoso, significaba avalar el predominio de la razón o la casualidad en las actividades humanas. Porque "sin Dios, sin Providencia, sin las lecciones llenas de bondad del catolicismo, nada podía explicarse".

Para Donoso, O'Higgins y Chile compartían el mismo destino glorioso. El pueblo de Chile, señalaba Donoso, que ocupaba "una porción tan pequeña en el mapa del mundo, como una cinta estrecha perdida entre el mar, el desierto y los Andes", gozaba de las preferencias de la Providencia.

Dios en su infinita misericordia había "derramado a manos llenas" sobre los chilenos "todos los tesoros del cielo y de la tierra". Respondiendo de manera directa a la cultura del desarraigo y del desorden y las actitudes de grupos políticos que promovían la irreligiosidad entre ellos los miembros del Partido Radical. Donoso concluía su sermón señalando: "En el Plan divino, el orden y la armonía son los agentes precursores de toda obra posible y los medios guardan siempre una proporción admirable con el fin". Cabe recordar que una apología al orden, muy similar a la de Donoso en su sermón, fue subrayada por el procurador Andrés Rojas en la ceremonia de recepción de los restos

---

<sup>173</sup> Marco Antonio León. *Sepultura sagrada, tumba profana: los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932* (Santiago, LOM. 1997), pp. 46, 82, 126-128 y 177.

mortales en Valparaíso. El individuo como la sociedad, opinaba Rojas, necesitaban consolidar el buen nombre, afianzar sus destinos y encaminarse a ellos desde temprano. Si ello no se daba predominaría la inercia, la postración y especialmente el desorden, “síntoma precursor de una existencia convulsiva y desgraciada”.<sup>174</sup>

Luego de las exequias en las que Chile y O’Higgins finalmente se reencontraron, convirtiéndose al héroe en una entidad indivisible, en la cual los rasgos cívicos se imbricaban con los religiosos, el catafalco del capitán general fue visitado por toda esa inmensa cantidad de gente que no logró ingresar a la iglesia. Los miles de chilenos y de chilenas que desfilaron frente al imponente catafalco de O’Higgins tuvieron oportunidad de observar maravillados los cirios encendidos, la urna de jacarandá, la reluciente casaca bordada del general, junto con su tricornio, su espada y la bandera de Chile. Lo anterior muestra cómo los organizadores de las pompas fúnebres buscaron envolver al cuerpo de O’Higgins con una parafernalia maravillosa que apuntaba a convertirlo en una abstracción, capaz de reemerger purificada de sus características terrenales, en la memoria nacional. Todo ello con la finalidad de lograr la asociación simbólica con la imagen republicana del gran hombre.<sup>175</sup> Por otro lado, la combinación del cuerpo y la bandera unió los dos polos de la ceremonia, el biológico y el ideológico. Dicha combinación, de acuerdo a Turner, es una noción gráfica de que el gran hombre se ha sacrificado por la patria y que a través de su muerte se fusiona con ella.<sup>176</sup> El funeral estatal del héroe de Rancagua, en el que la tricolor envolvió el ataúd, celebró la fusión Chile-O’Higgins, perennizando dicha acción como un acto ejemplar en la memoria colectiva de todos los participantes del ritual.

La inhumación se llevó a cabo a las cinco de la tarde. En el entierro la concurrencia era tan numerosa que, de acuerdo a un testigo, la escena no admitía ningún tipo de descripción. En el último adiós a O’Higgins en el Cementerio General de Santiago, que culminó el largo proceso en el que los chilenos no ahorraron esfuerzos ni gastos,<sup>177</sup> tomaron la palabra Francisco Echauren Huidobro, ministro de Guerra y Marina; Álvaro Covarrubias, presidente de la Cámara de Senadores; Francisco Vargas Fontecilla, presidente de la Cámara de Diputados; Manuel Blanco Encalada: Vicealmirante de la Escuadra Nacional; Diego Barros Arana, decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile, y el coronel del ejército Víctor Borgoño. De esta manera los más preclaros representantes del Ejecutivo, el Legislativo, el mundo académico y el ejército estrecharon filas alrededor del nuevo símbolo nacional al cual rendían postrero homenaje.

---

<sup>174</sup> Discurso que el Procurador de Valparaíso Andrés Rojas pronunció el 11 de enero de 1869 en la ceremonia de recepción de los restos de Bernardo O’Higgins”, en *Corona fúnebre*, pp. 91-92.

<sup>175</sup> Ben Amos, *Funerals, Politics and Memory*, p. 293.

<sup>176</sup> Turner, “Social Dramas and Ritual Metaphors”, pp. 55-56.

<sup>177</sup> En el caso de un funeral estatal la república actúa como un nuevo rico, interesado en mostrar su riqueza y ganar respetabilidad. Es por ello que el dinero que se gasta juega un papel muy importante en el contexto general. Gastar es una muestra del aprecio que se le tributa al fallecido. Ben Amos, *Funerals, Politics and Memory*. pp. 285-285. Para una aproximación al consumo suntuario en los funerales en Chile ver León, *Sepulturas sagradas*, pp. 168-173.

Los discursos que se pronunciaron en el cementerio santiaguino se refirieron a los múltiples rostros de O'Higgins, mostrando cómo el nuevo símbolo patrio abrazado por Chile podía ser portador de los innumerables fragmentos de una sociedad deshilvanada, la que ciertamente encontraba su correspondencia en la imagen unívoca y a la vez polivalente del padre fundador. El Chile transfigurado del que habló Chacón en la explanada de la estación ferrocarrilera de Valparaíso, se encontró a mitad de camino con la transfiguración del ser humano en ancestro. Ese "héroe cristiano" casi santificado, al que se refirió Donoso, además de hacer evidente la simbólica reconciliación de O'Higgins con la Iglesia católica, permitió eludir el tema de la descomposición de su cuerpo físico y por analogía del cuerpo político chileno. Así, O'Higgins pasó a convertirse mediante la alquimia de la palabra en signo y significado: hombre, héroe de Rancagua, padre fundador, exiliado liberal, guerrero y depositario de todas las virtudes republicanas, pero principalmente Chile-Nación. Los restos que se enterraron el 13 de enero de 1869 fueron celebrados con discursos que apelaban al olvido: "Echemos un velo sobre sus errores", decía el presidente de la Cámara de Diputados, Vargas Fontecilla. O'Higgins había ya pagado con creces "ese tributo de debilidades" del que ningún ser humano se hallaba exento. La discreta relectura de la historia republicana hecha por Francisco Echauren, a nombre del gobierno, subrayó el hecho de que la época de la lucha había concluido y la calma empezaba a "fijar el imperio de las almas" de los chilenos. Por otro lado, Blanco Encalada recordó la trascendental contribución de O'Higgins en la organización de la escuadra nacional, la que había dado a Chile la hegemonía sobre el Pacífico Sur. Porque el recuerdo del accionar histórico de O'Higgins y sus consecuencias concretas no podía faltar en una ceremonia que tenía como meta fundamental la construcción de la memoria colectiva.

Dentro de ese contexto, Diego Barros Arana se encargó de recordar a los presentes en torno al republicanismo de O'Higgins, subrayando sus intentos de democratizar a la sociedad chilena. La abolición de los títulos de nobleza, el establecimiento de los cementerios para evitar los entierros en las iglesias, la creación de los paseos públicos, la fundación de los primeros mercados, la creación de la Biblioteca Nacional, la refundación del Instituto Nacional, la promoción de la agricultura era las obras por las que O'Higgins debía ser celebrado. De acuerdo a Barros, era el capitán general quien había colocado los cimientos de esa sociabilidad culta y civilizada que las elites culturales chilenas intentaban promover.

Por último, Víctor Borgoño dio testimonio de la lealtad del ejército hacia O'Higgins. Los "corazones militares" nunca cedieron, de acuerdo a Borgoño, a la tentación del "odio civil". La evidencia de este comportamiento era el gran respeto que el héroe de la independencia siempre despertó entre las fuerzas militares. Las que deberían, en palabras de Borgoño, seguir el ejemplo de su progenitor, cumpliendo a cabalidad las grandes y severas obligaciones" que el futuro les deparaba.<sup>178</sup> En una ceremonia de esta naturaleza, el

---

<sup>178</sup> *La corona del Héroe*, pp. 171-189.



O'Higgins que se enfrentó a la Iglesia,<sup>179</sup> aquel que confrontó al Congreso, el que amenazó abiertamente la hegemonía de “los pelucones” o el que decretó la muerte de los Carrera y de Manuel Rodríguez, fue borrado sutilmente de la memoria colectiva de los miles de chilenos que por primera vez tomaron contacto con su existencia. En otras palabras, O'Higgins fue reinventado a través de la memoria selectiva de los encargados de rendirle su postrer homenaje.

El entierro de O'Higgins debe de ser ubicado no solo como un ceremonial destinado a sanar las heridas sociales causadas por una modernización periférica o como un mecanismo encargado de fortalecer una memoria contundente de la “vía chilena de reconciliación política” analizada por Brian Loveman y Elizabeth Lira. Dentro de esa, los autores subrayan cómo los conflictos políticos han sido tradicionalmente percibidos en Chile como una amenaza a la consolidación institucional y a la deseada unidad de ese colectivo social denominado “la familia chilena”. Era fundamental, de acuerdo al mito de unidad que se fue creando durante el siglo XIX, diseñar medidas que permitieran restablecer el estado de paz y de orden de un imaginado consenso primigenio.

Dentro de esa línea argumentativa, cada cierto tiempo los chilenos habrían buscado restaurar la unidad familiar, reconfigurar el hogar restablecer la paz, la concordia y la gobernabilidad haciendo correr el velo del olvido sobre el pasado y construyendo el perdón jurídico, mediante amnistías e indultos. Uno de aquellos momentos, quizás el más importante en el siglo XIX, ocurrió en 1869 durante el ritual funerario que congregó a “la familia chilena” alrededor del “Padre Fundador”. Un padre que al volver permitía reformular las relaciones sociales, básicamente jerárquicas y deferenciales, que el desarraigo y los cambios económicos acelerados habían quebrado. Sin embargo, la solidaridad creada a expensas del sacrificio simbólico de O'Higgins no duró mucho. Para resolver los agudos conflictos desatados por una modernización periférica fueron necesarios nuevos sacrificios y nuevas inmolaciones, las que al cabo de diez años se convirtieron en eventos regulares. La Guerra del Pacífico dotó de un escenario para los mismos. Arturo Prat, cuyos restos mortales realizaron un recorrido muy similar al de los restos de O'Higgins, fue uno, entre muchos, de los herederos de la escenografía y la coreografía que rodeó a la apoteosis del padre fundador, el que se convirtió en un importante paradigma para los héroes y para los actos de reconciliación que ocurrirían en el futuro.

---

<sup>179</sup> Un ejemplo de las diferentes interpretaciones, no siempre armoniosas, respecto a la relación de O'Higgins con la Iglesia ocurrió en pleno entierro. En un enfrentamiento abierto con Salvador Donoso, Barros Arana recordó a los asistentes a las exequias sobre el desacuerdo de O'Higgins con la cláusula de la Declaración de Independencia que señalaba que Chile debía proteger la Iglesia Católica y excluir a otras religiones. Para este punto ver: Allen L. Woll “*The Catholic Historian in Nineteenth Century Chile*” in *The Americas*, Vol. 33. N° 3 (Jan. 1977). p. 473.